

no. A los moriscos no se daba en su palacio distincion alguna sobre las demás personas que en él residian.

«Sucesióle en el supremo pontificado, el cardenal Tomás Palmaroli, genovés, el cual fué elegido despues de una vacante de diez dias el 16 de Marzo de 1447, en el convento de la Minerva, donde se reunió el conclave, y tomó el nombre de Nicolás V, siendo solemnemente coronado en San Pedro el dia 19 del mismo mes de Marzo. Desde luego se aplicó á extinguir el cisma que desgarraba las entrañas de la Iglesia, y que tuvo la dicha de ver terminado con la abdicacion de Amadeo de Saboya, como hemos dicho al reseñar el anterior pontificado.»

Hé aquí algunas importantes noticias que de este Papa nos da el historiador Artaud de Montor:

«En 1450, el Papa celebró el jubileo que á fines del año anterior habia anunciado, visitando todas las estaciones con los cardenales. Con motivo de la muchedumbre de peregrinos que á ellas acudieron, hubo que deplorar algunas desgracias en el puente de San Angelo, y tomáronse precauciones para evitar la reproduccion de semejantes desastres.»

En un capítulo de franciscanos, compuesto de tres mil ochocientos religiosos, y en presencia de cuarenta y cuatro cardenales, canonizó el Papa á San Bernardino de Sena. En el panegírico del Santo se le felicitaba de qué, con su predicacion, doctrina, consejos y oraciones, habia contribuido al restablecimiento de la paz entre góthos y gibelinos: una de las victorias mas esclarecidas de la religión, debida á un hijo de San Francisco de Asis.

«Murat, emperador de los turcos, acababa de morir. Sucedióle Bajazet II, que declaró en seguida la guerra á Juan, rey de Nápoles. Nicolás escribió las mas apremiantes cartas al rey de los napolitanos, Federico III, y á los reyes de Francia, Suecia, Noruega, Dinamarca, Sicilia, Inglaterra y Escocia, exhortándoles á que enviasen tropas á aquel atribulado monarca. Hizo que este fortificase á Nápoles, y concedió indulgencia plenaria á todos los fieles de Europa que viniesen en su ayuda en tamaño aprieto, como en circunstancias semejantes lo habia hecho Alejandro II.»

En 1453, Federico III vino á visitar al Papa, que envió para recibirle en el monte *Marius*, trece cardenales, muchos prebostes y



todo el clero, formando una larga procesion. Los Colonna, los Orsini, los demas varones, la guardia del Papa, el vice-camarlengo y el prefecto de Roma, el senador, los conservadores, los ciudadanos romanos y la corte pontificia, se habian ido seis millas mas lejos para saludar al príncipe y servirle de cortejo. Federico III iba acompañado de Ladislao, rey de Hungria y de Bohemia. príncipe de doce años notable por su extraordinaria belleza, y de Alberto de Austria, hermano de Federico, del duque de Silesia, y de multitud de caballeros, escolta que ascendia, contando la servidumbre, á mas de seis mil personas.

Hallabase todo preparado para la coronacion de Federico, que debia recibir el cetro imperial.

En 16 de Mayo, el Papa colocó en las sienes de Federico la corona de los lombardos, que no habia recibido en Milan, temiendo la turbulenta condicion de Francisco Sforza, que el rey de los romanos no queria confirmar en el título de duque. El dia 18, fué coronado emperador, y emperatriz, Leonor de Portugal, su esposa. En la cabalgada, el emperador tuvo el estribo al Santo Padre, y en el puente de Santo Angelo armó veinte y ocho caballeros. Por la tarde, acabaron de arreglar los dos el concordato germánico.

Nicolás solicitaba siempre de los príncipes griegos que no se opusiesen á la reunion definitiva, y adoptasen las medidas oportunas para borrar toda diferencia entre cristianos, latinos y griegos. Procuraba convencer á Constantino, hijo de Manuel Paleólogo, de que los cruzados latinos prestarian mas facilmente los auxilios necesarios á Constantinopla absolutamente católica, que á Constantinopla manteniendo el cisma, y confiada á una independencia que no era mas que una usurpacion, una falta, una peligrosísima confusion de ideas, casi la señal de una destruccion política inminente, atendida la audacia de Mahometo II y lo aguerrido de sus tropas.

Los griegos contestaban con palabras ambiguas al través de las cuales se traslucia que aun no habian olvidado la usurpacion de los latinos que se habian hecho reyes de Constantinopla. Estos solo habian pedido permiso para pasar al Asia y, de paso, habian destronado á los legitimos monarcas de aquel país. Tal vez á esta nueva circunstancia, decian los griegos, podremos deber algun

apoyo eficaz á los latinos; pero tambien será esto una razon mas poderosa para expropiarnos otra vez. Faltas hay de expiacion tardia, perfidias de las cuales es inútil arrepentirse, aun despues de luengos siglos. El Santo Padre hacia esfuerzos para explicar mejor la pasion de los griegos que, en último resultado, no podian defenderse por sí solos.

Nicolás, á ejemplo de sus predecesores, vaticinó los desastres que debian sobrevenir á Constantinopla. «Desde que los griegos »empezaron á desoir la voz de los pontífices romanos, dice Gotti, »iluminados estos por el Espíritu Santo, empezaron á profetizar »que los griegos perderian su imperio.»

El primer profeta fué San Leon, el segundo San Gregorio, siguieron algunos otros; y el último fué Nicolás V. Gennadio, patriarca en aquel entonces de Constantinopla, cita estas terribles palabras. Santa Brigida habia tambien anunciado la misma ruina, si los griegos no se sometian humilde y devotamente á la Iglesia y á la fé romana, conformándose á los preceptos de las sacras constituciones pontificias.

Sin embargo, los griegos, reducidos á sus propios esfuerzos, no hacian los preparativos convenientes para resistir al enemigo, y Mahometo II, el emperador mas grande de los turcos, marchó contra Constantinopla con un ejército formidable. Las tropas auxiliares del papa, de los venecianos y de Alfonso, acababan de llegar á la Isla de Negroponto, y entonces se supo la toma de Constantinopla, que tuvo lugar en 23 de Mayo del año 1453, despues de un sitio de cincuenta y siete días á los 1123 años y diez y ocho días cabales despues de su dedicacion por el gran Constantino. La ciudad fué asaltada, á pesar de las heróicas proezas de Juan Justiniani, genovés, que acaudillaba dos mil extranjeros formados en regimientos.

El emperador Constantino XIV (Paleólogo), apellidado Drágo, habia sido degollado con cuarenta mil cristianos. Gran número de mercaderes italianos, principalmente venecianos, que habitaban aquella antigua capital de Oriente, habian perdido todas sus propiedades con el saqueo, hallándose reducidos á los horrores del cautiverio. Los turcos, acrecida su arrogancia, intentaban avasallar la Europa entera bajo el imperio de la media luna. El

primero y el último soberano del imperio griego se llamaban Constantino: única semejanza entre su principio y su fin.

El papa, abrumado de dolor al recibir tan infausta noticia, publicó una bula invitando á los cristianos á una guerra mas formal contra los turcos, consagrando á tan colosal empresa todas las rentas de la Iglesia, los diezmos que su tesoro percibia, y el importe de los tributos que se hallaban á su disposicion, ejemplo inusitado del mas singular desprendimiento y magnánima generosidad.

Con estos auxilios, y con la intervencion de Alfonso de Aragon, rey de Sicilia, pudo el Pontífice remitir una suma bastante cuantiosa de dinero á Jorge Scanderberg, que consiguió en el Epiro brillantes y repetidas victorias contra los turcos.

El Papa dió una brillante acogida á los numerosos literatos que huian de Constantinopla, que llevando consigo muchas obras de los santos padres, hicieron revivir en Italia el amor á la literatura griega. En esta época precisamente se recibieron muchísimos manuscritos de las obras de San Dionisio Areopagita, San Gregorio Nacianzeno, San Basilio y San Cirilo. Por orden de Nicolás, Poggio Bracciolini vertió al latin las obras de Jenofonte y Diodoro de Sicilia. Gregorio de Trebisonda tradujo á la misma lengua á Eusebio, de *præparatione* evangélica; á Platon, de *legibus*, el *Almagesto* de Claudio Tolomeo; ochenta y una homilias de San Juan Crisóstomo sobre San Mateo, y dos discursos de San Gregorio Nacianzeno, en elogio de San Atanasio y San Basilio. Nicolás Perotto tradujo á Polibio; Lorenzo Valla á Herodoto y Tucídides: el Papa dió por esta última version, y por su propia mano, quinientos escudos á Valla. Guarino de Verona y Gregorio de Citta di Castello, tradujeron la geografia de Estrabon; Teodoro Gaza algunas obras de Aristóteles y la historia de las plantas de Teofrato Gil Libelio, algunos opúsculos de Filon el Judío; y finalmente, Gianozzo Manetti, el Antiguo y Nuevo Testamento.

Ademas de todos estos esfuerzos en pro de la cultura, bastantes para ilustrar su glorioso pontificado, Nicolás V, mandó expresamente á Horacio Romano, que tradujese la Iliada y la Odissea de Homero. Atribúyese no escasa parte de estas maravillas al pontificado de Leon X; preciso es hacer la divina justicia.

Para dar una prueba del interés con que miraba el pontífice las letras y la vida de cuantos las profesaban, basta citar un hecho muy señalado. Huyendo de la peste que hacia estragos en Roma, refugióse alternativamente Nicolás V en Fabriano, Espoleto, Asis y Tolentino; y no quiso nunca que se separasen de su lado los traductores, libreros y encuadernadores, para que no les dañase el contagio y no pusiesen trabas á un celo tan noble, y á un cariño á la ciencia tan espléndidamente dadivoso. Aun mas: este benemérito Papa, llegó á prometer cinco mil ducados al que le proporcionase el Evangelio de San Mateo en lengua hebráica.

Bajo su reinado, el Poggio encontró las obras de Quintiliano en una antigua torre del monasterio de San Galo. Enoc de Ascoli hizo el hallazgo de las producciones de Marco Celio Apicio y Pomponio Porfirio, que ha escrito acerca de las obras de Horacio (Platino 613). Puede considerarse á Nicolás como el activo fundador de la biblioteca vaticana.

Sin embargo, un Pontífice tan bueno, tan grande, tan digno de la tiara, tenia enemigos. Algunos romanos, capitaneados por Estéban Pórcaro, tramaron una conspiracion contra él. Si bien éste debia señalados beneficios á la inagotable generosidad del Papa, dejóse arrastrar por sus aviesos instintos y por ese carácter inquieto y revolucionario tan comun entre los romanos, ingratos hacia los Papas. De condicion audaz, tenia aquella elocuencia enérgica, y hábil al mismo tiempo, propia para enardecer las pasiones populares. Desde Bolonia en donde se hallaba confinado, pasó secretamente á Roma. Dejóse designar para asesinar al Papa y á cuantos cardenales pudiesen ser impunemente atacados. Determinóse cometer el crimen al tiempo de celebrarse el santo sacrificio de la misa. Apenas inmolado el Papa, debian gritar: *¡Libertad!* Santiago Lavagnoli, senador romano, descubrió la conspiracion. Pórcaro, sabiendo que iban á prenderle, se refugió en casa de una hermana suya, permaneció oculto algun tiempo dentro de un cofre, pero fué descubierto y preso. Los jueces le condenaron á una muerte ignominiosa que sufrió en el castillo de San Angelo.

Profundamente angustiado el Pontífice por ver que sus bondades tan negro pago le habian merecido, tuvo ataques violentos de

gota, que desde la fecha no dejó nunca de sufrir. Acrecia su amargura el pensamiento fijo de Constantinopla en poder de la media luna: sus dolores aumentaban con la vida sedentaria que su ánimo acibarado no deseaba; y por fin, un ataque violento le quitó la vida en 24 de Marzo de 1455, despues de haber gobernado la Iglesia por espacio de ocho años y diez y nueve días. La memoria de este pontífice será siempre bendecida, porque era un buen pastor de la Iglesia. Restableció la paz en Italia, y se mantuvo siempre ajeno á todo sentimiento de nepotismo; su discreta, al par que inagotable caridad, salia al encuentro de la pobreza vergonzante, dando su preferencia á los nobles desvalidos que no debian su miserable posicion á los excesos del libertinaje. Decia que los hombres de letras eran parientes suyos. Ya se ha visto como les trataba y cuanto le agradaba su trato y compañía.

Los monumentos públicos levantados en Roma y otras partes; palacios, templos, puentes, fortificaciones; los refugiados griegos y los nobles pobres, espléndidamente socorridos, las doncellas honrosamente colocadas, los beneficios y cargos públicos conferidos únicamente al mérito; todo depone en favor de lo mucho que este Pontífice deseaba el bien del pueblo, el lustre y honor de las *letras*, y la gloria de la religion. Monseñor Giorgi publicó en Roma, en 1742, una *vida de Nicolás V*. Esta obra interesante, dice Feller, basada sobre datos auténticos, honra al héroe y al panegirista.

Hay quien asegura que Nicolás estaba versado en la medicina. La Biografia universal dice: las letras de indulgencias que concedió al reino de Chipre, poco tiempo antes de su muerte, forman el monumento mas curioso del arte tipográfico que se conoce (Veáse el Manual del librero, tercera edicion, tomo II, pág. 559).

Para que se conozca cuanto debe á Nicolás la Iglesia, diremos, para concluir, que meditaba empezar y dar cima á la basílica de San Pedro dándole una forma mas suntuosa, y levantar en frente el obelisco grandioso que Sixto V ha hecho trasportar allí, mas de un siglo despues.

Segun Manetti, era este Papa de baja estatura, ancha boca, voz sonora y vibrante, y ojos negros. Cuando cardenal, gozaba de floreciente salud, que comenzó á menoscabarse al empuñar las riendas del pontificado, cuyos graves y numerosos cuidados le trajeron

á un estado de sufrimiento que cobraba creces de dia en dia. Aseguran que tenia frecuentes accesos de cólera, que prontamente refrenaba, riéndose de su primera impetuosidad. La acusacion de que buscaba vinos preciosos está reconocida actualmente como una calumnia villana. Fué enterrado en el Vaticano. Pronunció el primer dia su oracion fúnebre Nicolás Palmieri, siciliano, ermitaño de San Agustin, arzobispo, á la sazón de Cantazaro en Calabria. Pronunció la otra, Jaime, obispo de Arras, de la régia estirpe de Portugal, á quien luego confirió el cardenalato Calixto III (Novaes, V, 177). La Santa Sede quedó catorce dias vacante.

Sucesor de Nicolás IV, fué Calixto III, natural del reino de Valencia (fué el segundo Papa español: el primero lo fué San Damaso), y pertenecia á una nobilísima familia. Llamábase Alfonso Borgia, y habia nacido en Játiva el dia 31 de Diciembre de 1378. El antipapa Pedro de Luna, que se llamó Benedicto XIII, le hizo canónigo de Lérida entrando luego al servicio de Alfonso, rey de Aragon, en calidad de secretario. Por el papa Martin V fué elevado á la Silla episcopal de Valencia, su patria, en recompensa de los grandes esfuerzos que habia hecho para obtener la renuncia del antipapa llamado Clemente VIII. Por Eugenio IV fué creado cardenal, fué luego elegido Papa, cuando contaba la edad de 77 años, el dia 8 de Abril de 1455, siendo coronado el 20 del mismo mes.

Este Pontífice canonizó á San Vicente Ferrer, dominico y natural de Valencia, muy célebre por su predicacion y por los milagros que Dios obró por su ministerio, y que habia convertido á la verdadera fé, veinte y cinco mil judíos y recorrido toda la Europa, predicando el Evangelio.

Durante este Pontificado, las cruzadas contra los turcos alcanzaron grandes victorias, y el Papa para mas excitar la devocion á aquella santa empresa mandó que cada dia á las doce de la mañana se echasen á vuelo tres veces las campanas, para que los fieles rogasen á Dios por los cruzados que combatian contra los musulmanes.

En 1458 canonizó á Santa Rosa de Viterbo.

El gobierno de Calixto III, dicen los historiadores, se hizo notable por un acto de justicia. Este Papa fué el que concedió poderes á un comisario eclesiástico para revisar el proceso de Juana de Arco. En la sentencia definitiva y solemne que en el recayó, se declaraba